

*Para la historia del nacionalismo español**

POR
JOSÉ-CARLOS MAINER

La publicación de *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)* (Institución Juan Gil-Albert, Alicante, 1992) concluye por desdicha la fecunda relación de George J. G. Cheyne con la obra de Joaquín Costa. En 1990 murió el investigador británico, justo cuando se cumplían treinta años de su primer viaje a Graus en busca de documentos costianos. No sé si sabía entonces que iniciaba una de esas experiencias intelectuales, marcadas por el signo de la fidelidad, destinadas a llenar una vida y dar sentido a una profesión, pero lo cierto es que de la simbiosis entre el estudioso y el estudiado nacieron pronto libros capitales: a su cabeza se colocan *A Bibliographical Study of the Writings of Joaquín Costa* y la biografía *Joaquín Costa, el gran desconocido*, ambos de 1972, y aquél con reedición muy ampliada (*Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa*, 1981), con los que cambió para siempre nuestro conocimiento del escritor aragonés.

En el primero, Cheyne puso orden cronológico y temático en la balumba de manuscritos, impresos sin datar, proyectos apenas esbozados, cartas, notas, desahogos y arrebatos de aquel grafómano hercúleo, lo que permitió nuevos estudios que ya nunca naufragarían en la confusión introducida por la póstuma «Biblioteca Costa», que editó, con más piedad fraternal que método, Tomás Costa. En el segundo volumen citado, con la sagacidad de un gran biógrafo británico, Cheyne reconstruyó la enfermedad de su héroe, los parajes más oscuros de su mucha soledad (sus desengaños, su relación extramatrimonial, etcétera), los empecinamientos (el triste pleito de La Solana), las frustraciones profesionales (el apartamiento de una cátedra universitaria, la quiebra del proyecto de Unión Nacional). Después de Cheyne, ya no han sido posibles ni la hagiografía regeneracionista ni las invocaciones de un Costa prefascista o de un Costa revolucionario, por igual inverosímiles. Su tenacidad consiguió incluso que se volviera a leer a Costa en textos depurados y modernos, pues presidió el comité de redacción que entre 1981 y 1984 se responsabilizó de la benemérita (pero inconclusa) edición zaragozana de las obras comple-

* Publicado en *Saber/leer. Revista crítica de libros* [Madrid, Fundación Juan March], 68 (octubre 1993), pp. 8-9.

tas de Costa, cuyos doce volúmenes tanto deben a la tenacidad y entrega de su promotor, el director de Guara Editorial, José María Pisa.

No parece ser casualidad, sino coincidencia reveladora, que el otro correspondiente de nuestro epistolario, Rafael Altamira y Crevea, haya sido también objeto de reciente y muy renovadora bibliografía. La veterana biografía de Vicente Ramos (1968), tan oportuna en su día, ya no es la única fuente que nos habla del empeñoso historiador alicantino que fue secretario del Museo Pedagógico (entonces de Instrucción Primaria), catedrático de Oviedo (cuando su Facultad de Derecho fue reducto de institucionistas y faro intelectual del país), promotor de la Extensión Universitaria, jurista del tribunal de La Haya, americanista activísimo y, al cabo, decano físico y moral de los exiliados de la guerra civil hasta su muerte en 1951. Si la miscelánea *El legado de Costa* (que en 1984 recogió las intervenciones de un simposio internacional celebrado en Huesca el año anterior) agrupó lo más significativo del nuevo costismo, la exposición y el coloquio que tuvieron lugar en Alicante en honor de Altamira en febrero de 1987 supusieron, a su vez, la inexcusable renovación de los trabajos sobre el historiador. Y tal cosa se patentizó en el volumen de *Estudios sobre Rafael Altamira*, que fue editado y prologado por Armando Alberola, pero auspiciado por Rafael Asín Vergara, cuya tesis doctoral ha de ser aportación definitiva sobre el autor de *Psicología del pueblo español*.

LA FUNDACIÓN DE LA HISTORIA NACIONAL

No pueden ser, por lo tanto, más favorables las circunstancias en las que nuestro epistolario se edita, precisamente por parte de la misma institución pública de cuya cuenta corrió el homenaje a Altamira. No estamos tampoco ante el primer repertorio epistolar costiano: Cheyne dio a la luz en 1979 las cartas intercambiadas entre Costa y su admirador oscense Manuel Bescós («Silvio Kossti»), y, en 1983, en el marco de las ya citadas obras completas, las cruzadas entre el escritor aragonés y Francisco Giner de los Ríos (*El don de consejo. Epistolario entre Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos, 1878-1910*), que son el mejor prefacio de este epistolario de ahora. Digo esto porque en cualquiera de los dos libros está presente la relación de maestro y discípulo entendida al modo en que la promovió la Institución Libre de Enseñanza y el peculiar clima espiritual de su comunidad de esfuerzos. El autodidacta y nada dócil Costa acepta la autoridad de Giner («usted tiene don de consejo») y le manifiesta sus cuitas amorosas con la hija de un significado carlista a la que pretende en matrimonio. Giner responde con rara pericia y no poco sentido común, lo que alcanza a evitar —corre el año de 1878— el lamentable final de lo mismo que en aquellas calendas sabía novelar espléndidamente el Galdós de *Gloria* y *La familia de León Roch* (es curioso que el propio Costa se compare al respecto con el protagonista de la *Minuta de un testamento*, de Gumersindo de Azcárate: la vida es una forma de la literatura muy a menudo). No deja de ser curioso que, diez años después y en cartas que reprodujo la biografía de Vicente Ramos, nuestro Rafael Altamira consulte también con Giner parecidas turbaciones de áni-

mo: apenas gana unos duros en la secretaría del Museo y quiere casarse, por lo que piensa abrir bufete en Valencia, contar con la ayuda de sus padres y resolver la boda. Giner le aconseja que siga en Madrid, que estudie y se prepare para objetivos de más alcance. Y Altamira, como Costa, obedece y rompe con María Julián, a la que todavía recordaría con nostalgia en un texto ¡de 1944! Nuestro epistolario no trae ninguna misiva comparable porque la mucha admiración de Altamira por Costa no llegaba al culto que se tributaba a Giner. Pero no son difíciles de advertir el clima de respeto, la sinceridad del estímulo recíproco y la solicitud con que el más joven se interesa por los frecuentes quebrantos del mayor. Estas cartas, ya hablen de minucias bibliográficas, ya inquieran por la salud de un familiar enfermo, retratan a la perfección una época y un concepto de la vida: afectuoso pero serio, franco pero contenido. La común pertenencia a la Institución Libre Enseñanza se aprecia hasta en los giros de lenguaje: sus hombres son «los de la casa» como el grupo de catedráticos afines en Asturias son «los de Oviedo»; la mención de la Institución se hace a menudo por el circunloquio «los del Paseo del Obelisco» como, en broma, Altamira se define parte de la «cuádruple alianza pedagógica, así nos llaman» al aludir a su frente común con González Posada, Alvarez Buylla y Leopoldo Alas.

El lector presuroso o poco conocedor de ese contexto puede sentirse descorazonado por la aparente intrascendencia de muchas misivas que se limitan a peticiones de datos, sucintas noticias bibliográficas, anuncios de visitas, trifulcas con editores incumplidores o breves recordatorios de amigos comunes. En su breve e inteligente prólogo lo advierte el propio Cheyne, y la minuciosa y competentísima anotación de los extremos de cada carta satisfará, sin duda, la desazón del lector. Pero, como sucede en cualquier epistolario, solamente la perserverancia en su lectura acaba por darle bulto y alumbrar a su través los días y los trabajos de dos hombres nada vulgares. Allí aparece el Costa que labora en lo que han de ser sus *Estudios ibéricos* y más tarde su monumental *Colectivismo agrario* de 1898. Y, por su parte, se dibuja el Altamira que en 1890 publicó su tesis doctoral sobre la *Historia de la propiedad comunal*, que en 1891 hizo imprimir la primera edición de *La enseñanza de la historia* y que en 1895 se lanzó a la publicación de la importante *Revista Crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana*, que Costa, lacónico pero expresivo, apostilla con una sola frase: «Está muy bien hecha, corte europeo».

Para el buen entendedor, en este tráfago de notas ha de estar presente algo más que las manías y las impaciencias de dos investigadores: es la música que acompaña al nacimiento de la historiografía moderna en España, cuyos primeros héroes —el epigrafista P. Fidel Fita, el paleógrafo Muñoz y Rivero, el historiador del derecho Eduardo de Hinojosa, entre otros— están citados en las cartas. Con ellos, la historia dio el gigantesco paso que iba de la facundia narrativa de don Modesto Lafuente (y su divulgada *Historia de España*, 1850-1867) a la seriedad documental de aquellos «benedictinos de americana» (la frase es de Antonio Paz y Meliá) que desde 1857 a 1900 se afanaron en la Escuela Superior de Diplomática: ellos encarnan el tránsito a la profesionalización, pero también una modernización del impulso nacionalista que comporta toda institucionalización de la historia. Sobre todo lo cual resulta imprescindible lo que dicen Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró en el pri-

mer capítulo, «Los inicios profesionales de la historiografía en España (regeneracionismo y positivismo)», de su libro *Historiografía y práctica social en España* (Zaragoza, 1987), donde han sabido incardinar muy acertadamente los dos extremos del título.

A sus bien traídas citas habría de añadirse ahora el contenido íntegro de las cartas que Costa y Altamira intercambiaron en septiembre de 1891 acerca de la reforma de las Facultades de Letras y que ya Ciriaco Pérez Bustamente dio a conocer parcialmente en 1969 en un trabajo del homenaje de *Cuadernos Hispanoamericanos* a Menéndez Pidal. Todavía faltaba un decenio para que la reforma del ministro García Alix diera forma definitiva a las diferentes licenciaturas de aquellas facultades (que apenas contaban treinta y pico años de vida independiente) y para que integrara en ellas las cátedras de la clausurada Escuela de Diplomática. Pero ya Altamira proponía a su corresponsal «un período preparatorio, con latín, griego y alemán (*para los que no lo posean*) y *ciencias auxiliares*» [los subrayados son míos, J.-C.M.] y un segundo ciclo de «gran libertad» de elección por parte del alumno y dominado por los cursos monográficos «como en todo el mundo». A Costa no le parece mal la traza, aunque ve corta la exigencia. A los cursos de lenguas indoeuropeas y semíticas (que empiezan a ser importante pieza en la reconstrucción de un «imperio» cultural hispánico) añade estudios de vascuence y berberisco, porque da por buena la teoría vascoiberista. Y reclama, sobre todo, «visitas prácticas», para las que da como ejemplo la que podría hacerse a «la comarca de Bailén a Andújar, donde se libraron las grandes batallas de Aníbal-Escipión, almohades-cristianos (Navas de Tolosa) y franceses-españoles (Bailén), cuyas coincidencias no son casualidad». En carta poco posterior, insiste todavía: los alumnos deben visitar periódicamente los archivos «para aprender a manejarlos, haciendo, bajo la dirección del profesor, una monografía entre todos» y, por otra parte, han de afanarse en la «colección de costumbres (jurídicas, agrícolas, económicas, estéticas, etc.)» para «recoger desde luego ya y publicar una biblioteca consuetudinaria a tomo por año».

Cualquier mediano conocedor de la obra de Costa recordará aquí que el autor publicó en 1881 una voluminosa *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de refraneros, romanceros y gestas de la Península*, título tan largo como revelador, y que en 1902 dio remate a una de sus obras clave: *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, en cuyo segundo tomo escribieron Miguel de Unamuno sobre costumbres comunales en Vizcaya, Rafael Altamira sobre las de Valencia y José María Piernas Hurtado y Manuel Pedregal sobre las de Asturias, entre otros. Pero esa preocupación nos ha de llevar mucho más lejos. ¿Quién no recordará al propósito que en 1895, y en las páginas de *En torno al casticismo*, Unamuno acuñó la fecunda expresión de «intrahistoria» para referirse a esas realidades colectivas que vivían sumergidas bajo el espejismo de la historia al uso? Y ¿cómo no volver sobre aquella ciencia llamada «demótica» que, en parecidas fechas, el mismo Unamuno proponía como vía alternativa a los exangües trabajos universitarios? El Unamuno que combatía contra el purismo en pro de un español vivo y el que no desdeñaba la simplificación ortográfica de la lengua vivió, en suma, la misma idea iluminada de una ciencia de la «nación auténtica» que está en las páginas

de Costa en los estudios medievales de Hinojosa o en las primeras indagaciones sobre las leyendas heroicas que publicó Ramón Menéndez Pidal: detrás de una elección temática —la Edad Media o la costumbre rural— y detrás de la pasión por un método —el positivismo genetista— residía también la apasionada opción por una ideología que, en algún otro lugar, llamé «liberalismo nacional» pequeñoburgués. Lo que fermentó en la España de fin de siglo es demasiado complejo como para remitirlo a la habitual etiqueta de «generación del 98», aunque quizá también para encerrarlo en una definición sociológica.

DOS CAMINOS

En cualquier caso, estas páginas que ha compilado George Cheyne ilustran también sobre la diferencia entre el tribuno populista y el aspirante a catedrático a la europea. Mientras que en 1891 Altamira publica *La enseñanza de la historia* y, al poco, consigna su éxito en Chile, Joaquín Costa dedica sus esfuerzos a fundar la Liga de Contribuyentes de Ribagorza que fue su primera plataforma política. En 1892, el joven profesor alicantino anda a vueltas con la organización de segundo Congreso Pedagógico y se hace cargo de la dirección de *La Justicia*, periódico que fue portavoz del institucionalismo republicano. Y ese mismo año Costa invita a Altamira a hablar ante los afiliados de las cámaras agrícolas altoaragonesas, lo que sabe rechazar con habilidad.

Las trayectorias divergen tanto como los objetivos: populistas y directos los de Costa, más sutiles e intelectuales los de su corresponsal. En 1897, año de síntomas aciagos, el aragonés encuentra demasiado optimista a Altamira, que le ha hablado de Giner y de él mismo como cimientos de la vida intelectual española. Pero no hay tal vida intelectual: «Aquí no hay ya jóvenes, ni viejos, ni aspiración, ni pensamiento, ni tendencias, ni sentido, ni patriotismo, ni patria, ni vergüenza: no hay más que una sucesión de sombras, sombras vanas, hinchadas, egoístas, replegadas sobre sí mismas como para escudarse. Las corrientes que Vd. denuncia me parecen movimientos vermiculares de algún músculo que ha escapado a la degeneración gra-sienta por azar o por su comercio con Europa». Altamira replica con la fe de quien cree en su propio esfuerzo intelectual. A lo largo del año siguiente —el del Desastre— lo sabemos, a través de sus cartas, afanado sobre las páginas de su discurso del paraninfo ovetense, «La Universidad y el patriotismo», traduciendo los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, leyendo las páginas de *Demetrio Rudin* de Turguenev, comentando con cierta distancia intelectual las páginas de *Vida Nueva* y ultimando las cuartillas de *Psicología del pueblo español*...

¡Casi nada! Costa trabaja menos y sobre todo le obsesiona hacer algo más concreto. «No parece que exista en España —escribe a Altamira el 6 de agosto de 1898— otro núcleo propulsor más que éste: la Institución y Oviedo» Y pretende implicarlos en un partido que no será «ni radical ni conservador, ni monárquico ni republicano, ni individualista ni socialista, oportunista y aunque diga empírico, a la inglesa, definido por “programa”», mucho más allá, por supuesto, de «la inclina-

ción a lo milagroso improvisado, estilo submarino Peral o tóxpiro Daza». Sabido es que todo fue un fracaso: en carta del 25 de noviembre de 1898 considera malograda la Asamblea de Zaragoza, donde ha pretendido reunir a las «clases productoras», y en las misivas de 1900 no parecen soplar mejores vientos para la proyectada Unión Nacional. El 20 de marzo de ese año Altamira, reiteradamente instado a participar en las empresas costianas, se zafa paladinamente: «Todos hacemos aquí votos fervientes por que la Unión Nacional sea fructífera. Tememos que no, a pesar de la ciega confianza en Vd.». Y es que, prosigue el catedrático, no es posible mezclar hombres de negocios (por ejemplo, el inquieto Basilio Paraíso) e intelectuales. Costa responde con una petición concreta: que «los de Oviedo» apoyen cuando menos, la creación en Asturias de una Cámara Agrícola, mucho más fiable que una de Comercio...

Siempre sobrenada el agrarismo político de quien, en el fondo, fue un propietario menudo de los secanos oscenses, pero también asoman las escoceduras de sus asambleas en Valladolid y Zaragoza: «Aquello (los industriales asturianos) es Pidal, eso sería España». La carta termina con un desabrimiento que es único entre las editadas y que revela la implícita distancia entre los dos corresponsales: «Y no me escriba, esto es, no me distraiga para darme excusas (...), pues son Vdes. tan difíciles todos, que ya me principia a doler la muñeca de haber escrito esta carta para Vd., seguro casi de que han de limitarse a encogerse de hombros». Pero esa desengañada brusquedad duró muy poco. En 1902, Costa vuelve a pedir apoyo para la circulación de un mensaje con motivo de la proclamación de la mayoría de edad de Alfonso XIII. Altamira lo apostilla con cuidado: le parece injusto con los liberales, cree ocioso pedir la abdicación del joven monarca y piensa que es impropia la referencia a la edad madura de los presidentes de Estados Unidos. Pero no firma, como se infiere de una reveladora frase: «Deseo conocer la opinión de Giner y Azcárate». Del primero la conocemos. En carta enviada a Costa el 10 de enero de 1903 (que cito por la edición de Cheyne en *El don de consejo*), el fundador de la Institución reitera que del programa de Costa «casi todo me parece excelente», pero «en cuanto al camino y al método, no lo hallo tan claro». Y con la fina sorna que tan a menudo aflora en sus cartas, le espeta: «En cuanto a Vd., no sé por qué camino puede ir a sitio desde donde hacer lo que le toca. Vd. no quiere ir a las elecciones —¿ni aun a las de ahora?—; Vd. no va a sublevar soldados; a Vd. no le va a llamar el rey; de «república» no hay más que la de Alonso Martínez, ¿qué hacer?». Las palabras de Giner son el mejor y el más cruel epitafio sobre las inconsecuencias y las dificultades de la campaña finisecular de Costa.

El ardor pesimista de Costa viene de la exacerbación del liberalismo del siglo XIX. Cuando ve a España como «gran cadáver tendido de Pirene a Calpe. ¡Nada en el horizonte más que la silueta siniestra de Don Carlos!» (carta de julio de 1898), oímos a un hijo de 1868 todavía obsesionado con el espectro carlista. Pero cuando Altamira habla de la «desequilibrada pero quizá redimible España» (carta de julio de 1903), nos hallamos mucho más cerca del idealismo reformista de Ortega que ha de comparecer unos años después, tras la liquidación del radicalismo que supuso la digestión de 1909. Seguramente Joaquín Costa había llegado a identificar el fracaso de su país con el suyo propio. Al agradecer a Altamira la bonita dedicatoria que

éste había impreso al frente de *Cuestiones modernas de historia* (1903), recuerda su vida «más que invertebrada, rota, típicamente irregular, fragmentada y cambiante (...), comprometidas y embargadas las contadas horas y la escasa resistencia física que me queda». Era muy cierta la queja, y si las limitaciones de Costa son hijas de su formación y de su terquedad mesiánica, también unas y otras eran consecuencia de una naturaleza que se mostró impiadosa con él.

Costa murió el 13 de febrero de 1911, desengañado de toda política y símbolo fácil de los republicanos, a quienes se unió en 1903, tras haber librado su última batalla contra la vergonzosa ley de Jurisdicciones. En aquella fecha, su corresponsal Rafael Altamira era director general de Enseñanza Primaria, a las órdenes del ministro de Instrucción, Julio Burell, quien lo era por nombramiento de José Canalejas, presidente del Gobierno liberal que salió en las elecciones de mayo de 1910. Aquella abierta colaboración con la monarquía no fue única: el periodista republicano Luis Morote aceptó presidir la comisión parlamentaria que dictaminó la polémica «ley del candado», y un colega de Oviedo, Adolfo González Posada, recibió el encargo de redactar la ley de Régimen Local. De nuevo, los destinos divergían...

Unos meses después del óbito de Costa murió Menéndez Pelayo, y ahora la coincidencia parece cargada de significación: se cerraba una vieja rivalidad personal (Costa y don Marcelino pelearon en 1878 por el Premio Extraordinario de Doctorado, que ganó el último) y se cerraba un período histórico de la ciencia española. Menéndez Pelayo significó el tránsito, nunca completo, de la bibliofilia erudita al positivismo científico, y esa indeterminación lastró buena parte de su obra y le privó de discípulos. Joaquín Costa encarnó el apogeo de derecho como ciencia social y a través de lo jurídico llegó a la antropología, a la historia o a la sociología, cuando estas ciencias habían ganado su propio estatuto independiente. Menéndez Pelayo promovió un nacionalismo constantiniano que sus epígonos convirtieron en caricatura. Costa erigió un populismo que sus herederos derivaron a fondeaderos peligrosos. Fue, en fin, un hombre del siglo XIX, hijo legítimo del romanticismo social y del liberalismo radical, que se parece mucho a los profetas eslavófilos de los años cincuenta en Rusia y a los próceres hispanoamericanos que redactaban códigos, escribían poemas, maldecían a los tiranos y presidían las repúblicas. Pero la historia de nacionalismo español —que está todavía por escribir— deberá consagrar a Costa y a Altamira, como al movimiento historiográfico de 1880-1900, sendos y extensos capítulos. Jorge Cheyne, que tanto sabía del siglo XIX español, no podrá llegar a leer esa futura historia, pero este su libro póstumo brindará citas ineludibles a los autores que la emprendan.

